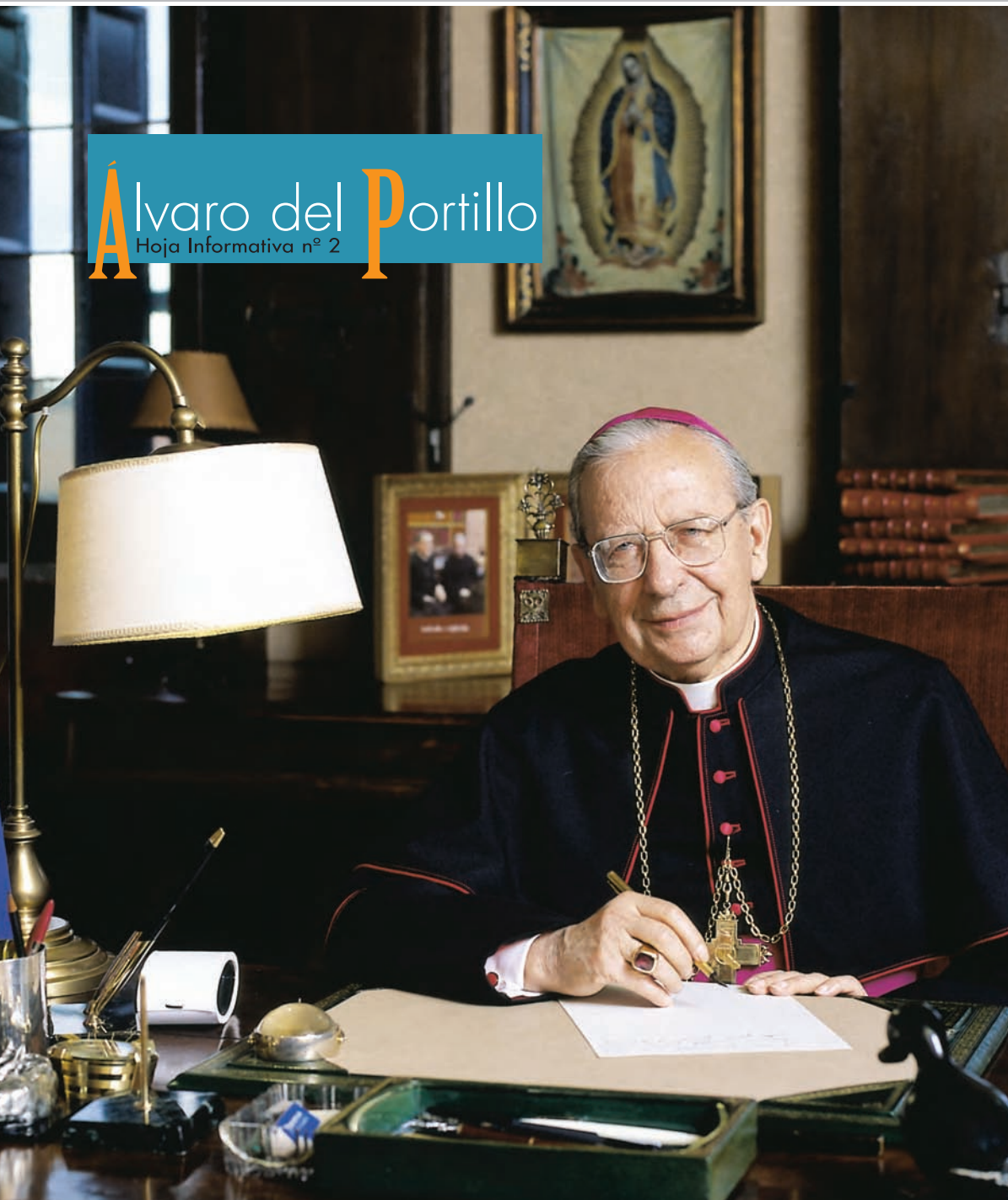


Alvaro del Portillo

Hoja Informativa nº 2



Sacerdote y Padre



La publicación del segundo número de la Hoja Informativa del Siervo de Dios Álvaro del Portillo tiene lugar en el 60° aniversario de su ordenación sacerdotal, y de manera paralela al año de la Eucaristía.

En la homilía del 13 de junio de 2004 el Santo Padre Juan Pablo II dijo: «Cristo, 'pan vivo bajado del cielo', es el único que puede saciar el hambre del hombre en todo tiempo y en cualquier parte de la tierra. Pero Él no quiere hacerlo solo, y así, como en la multiplicación de los panes, emplea a los discípulos. (...) Este prodigioso signo es figura del misterio más grande de amor que se renueva cada día en la Santa Misa: mediante los ministros ordenados, Cristo da su Cuerpo y su Sangre por la vida de la humanidad. Y todos los que dignamente se alimentan en su Mesa, se convierten en instrumentos vivos de su presencia de amor, de misericordia y de paz».

En este número reproducimos un testimonio de Mons. Javier Echevarría sobre los frutos del sacerdocio en Mons. del Portillo y parte de un discurso del Siervo de Dios sobre la Eucaristía.

Mons. Álvaro del Portillo nació en España, en Madrid, el 11 de marzo de 1914. Era Doctor Ingeniero de Caminos, y Doctor en Filosofía y en Derecho Canónico.

En 1935 se incorporó al Opus Dei. El 25 de junio de 1944 fue ordenado sacerdote y dos años después fijó su residencia en Roma, donde colaboró directamente con san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei. Su servicio a la Iglesia se puso de manifiesto también en la dedicación a los encargos que le confió la Santa Sede y en particular en su activa participación en los trabajos del Concilio Vaticano II.

En 1975, tras el fallecimiento de san Josemaría, fue elegido para sucederle en el gobierno del Opus Dei. El 6 de enero de 1991 el Santo Padre Juan Pablo II le confirió la ordenación episcopal. El gobierno pastoral del Siervo de Dios se caracterizó por la fidelidad al espíritu del Fundador y a su mensaje, con el afán de extender incansablemente por todo el mundo los apostolados de la Prelatura y la llamada a la santidad en la vida ordinaria. En la madrugada del 23 de marzo de 1994, pocas horas después de regresar de una peregrinación a Tierra Santa, el Señor llamó a este siervo suyo bueno y fiel. El mismo día, el Santo Padre Juan Pablo II acudió a rezar ante sus restos mortales, que ahora reposan en la cripta de la iglesia prelatia de Santa María de la Paz, en Roma.



• S.E. Mons. Leopoldo Eijo y Garay y el Siervo de Dios, el día de su ordenación sacerdotal

DON ÁLVARO, SACERDOTE Y PADRE

Artículo de Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, publicado en *L'Osservatore Romano* el 25 de marzo de 1994, dos días después del fallecimiento del Siervo de Dios.

En el mes de mayo de 1939, poco después del final de la guerra civil española, san Josemaría Escrivá escribía a Álvaro del Portillo: «**Qué blanco veo el camino –largo– que te queda por recorrer! Blanco y lleno, como campo cuajado. ¡Bendita fecundidad del apóstol, más hermosa que todas las hermosuras de la tierra!**»

S.E. Mons. Álvaro del Portillo fue uno de los tres primeros miembros del Opus Dei que fueron ordenados sacerdotes **el 25 de junio 1944**. Las esperanzas, expresadas por san Josemaría en la carta citada, se habían cumplido; una secuencia maravillosa de gracias. Dios es fiel a sus promesas. Cada sacerdote, también si se encuentra para realizar el ministerio en la aldea más alejada, es testigo de la fecundidad

que deriva del sacerdocio de Cristo: frutos en su mayor parte invisibles a los ojos de los hombres, que no se traducen en estadísticas, pero cuya consistencia tiene la duración de la eternidad. Frutos de gracia, de fidelidad al compromiso cristiano, de paz, de comprensión y de perdón, de generosidad y de sacrificio, de dolor transfigurado en amor.

Cristo está vivo en su Iglesia y actúa a través de los sacramentos y del anuncio valiente y fiel de la Palabra, renueva incesantemente los milagros del Evangelio: «Porque ahora también se devuelve la vista a ciegos, que habían perdido la capacidad de mirar al cielo y de contemplar las maravillas de Dios; se da la libertad a cojos y tullidos, que se encontraban atados por sus



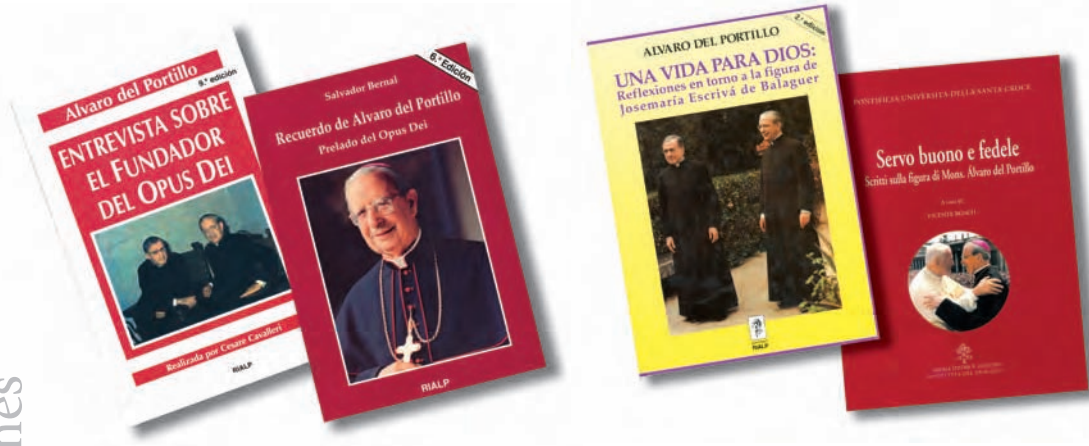
• El Siervo de Dios Mons. Javier Echevarría, Prelado de Opus Dei, con un grupo de niños en un encuentro familiar en 1980.

apasionamientos, y cuyos corazones no sabían ya amar; se hace oír a sordos, que no deseaban saber de Dios; se logra que hablen los mudos, que tenían atenazada la lengua porque no querían confesar sus derrotas; se resucita a muertos, en los que el pecado había destruido la vida» (Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 131). Dispensador de los misterios divinos, el sacerdote fiel oye como resuena en lo más íntimo de la propia alma las palabras de Jesús: «Alegraos más bien porque vuestros nombres están escritos en los cielos» (Lc 10,20). Yo soy testigo de los prodigios obrados por Dios a través del ministerio de Mons. del Portillo. ¿Trazas de esta fecundidad sacerdotal? Antes que nada, el servicio a la Santa Sede, con incansable dedicación y siempre con una ejem-

plar adhesión al Papa: desde trabajos prestados en numerosas Comisiones conciliares, que lo vieron entre los expertos más activos del Vaticano II, hasta la tarea como Consultor de diversas Congregaciones (Doctrina de la Fe, Causas de los Santos, Clero, Religiosos, etc.), Comisiones y Consejos Pontificios. En él aparecía, palpable, la aspiración de san Josemaría Escrivá: «Servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida».

Desde el día de su elección como sucesor del Fundador hasta su muerte han transcurrido casi 19 años: en este período han recibido la ordenación sacerdotal unos 800 miembros de la Prelatura deseosos, con todo el corazón, de servir a la Iglesia. El Opus Dei ha iniciado de manera estable la actividad apostólica propia en 20 nuevos países: su impulso pastoral, en la línea del dinamismo evangelizador al que el Santo Padre Juan Pablo II está llamando de nuevo a toda la Iglesia, ha abierto horizontes inexplorados al mensaje del Opus Dei, la proclamación de la vocación universal a la santidad y del valor santificante del trabajo ordinario.

Y en todas partes, iniciativas sociales de gran relieve, que derivan siempre de aquello que constituye la responsabilidad primera y el cuidado preeminente de la solicitud de los Pastores: frutos espirituales de salvación. Algunas de estas iniciativas destacan por su incidencia en la solución de los problemas locales en los que se insertan: nuevas universidades en países que están empeñados en la formación de cuadros dirigentes capaces de contribuir a la promoción de un desarrollo homogéneo y respetuoso con la dignidad humana, obras educativas y asistenciales en favor de áreas y poblaciones particularmente deprimidas, en especial en América Latina y en África. Y en la apertura de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz se palpa la herencia del celo del Fundador al prodigar las mejores energías al servicio de la Iglesia, para la formación de sacerdotes ejemplares en la doctrina y en la vida espiritual.



ENTREVISTA SOBRE EL FUNDADOR DEL OPUS DEI

realizada por Cesare Cavalleri
Ediciones Rialp,
Madrid 1993

ÁLVARO DEL PORTILLO, PRELADO DEL OPUS DEI

de Salvador Bernal
Ediciones Rialp,
Madrid 1996

UNA VIDA PARA DIOS

de Álvaro del Portillo
Ediciones Rialp,
Madrid 1992

SERVO BUONO E FEDELE

Scritti sulla figura di mons. Álvaro del Portillo
a cura di Vicente Bosch
Libreria Editrice Vaticana,
Roma 2001

FAIELES Y LAICOS EN LA IGLESIA

EUUNSA, Pamplona
3ª edición 1991

RENDERE AMABILE LA VERITÀ

Raccolta di scritti di mons. Álvaro del Portillo
Libreria Editrice Vaticana,
Roma 1995

ESCRITOS SOBRE EL SACERDOCIO

de Álvaro del Portillo
Ediciones Palabra,
Madrid 1991

Juan Pablo II

Recuerdo con agradecimiento al Señor la vida del difunto, llena de celo sacerdotal y episcopal, el ejemplo de fortaleza y de confianza en la Divina Providencia que él dio constantemente, y también su fidelidad a la Sede de Pedro y el generoso servicio eclesial como estrecho colaborador y benemérito sucesor de san Josemaría Escrivá.

(Telegrama enviado a Mons. Javier Echevarría)

Card. Camilo Ruini

Las frecuentes ocasiones que tuve, de encontrar a Mons. del Portillo habían producido en mí la persuasión de que me encontraba ante un Pastor ejemplar: en la firmeza de su adhesión a la doctrina de la Iglesia, en su unión con el Santo Padre, en su caridad pastoral, en su humildad, en su equilibrio, se ponía de manifiesto una extraordinaria riqueza interior.

(del discurso pronunciado en ocasión de la Apertura del Proceso de Canonización del Siervo de Dios, Roma, 5 de marzo de 2004)



• Su última Misa, celebrada en el Cenáculo, en Jerusalén

UNA VIDA ENRAIZADA Y CENTRADA EN LA EUCARISTÍA

Publicamos parte de una conferencia pronunciada por Mons. Álvaro del Portillo en el XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra (Pamplona abril 1990). Toda la vida del Siervo de Dios ha estado marcada por la fidelidad al espíritu del Opus Dei y de su Fundador. En el texto que sigue, don Álvaro expone esencialmente el mensaje de san Josemaría Escrivá.

Dirijamos nuestras reflexiones al aspecto más radical y central de la vida del sacerdote, que es garantía de su eficacia evangelizadora. Oración, penitencia, acción guiada por una incansable caridad pastoral. Son como coordinadas en las que hemos contemplado la identificación del sacerdote con Jesucristo, en lo que esta identificación tiene de *tarea* personal en correspondencia al *don* de Dios. Pero caería en

una gravísima omisión si dejara de considerar que la vida cristiana y, especialmente, esos aspectos de la existencia sacerdotal, han de estar *radicados, centrados* y, por tanto, *unificados* en el Sacrificio de Cristo, en la Santa Misa, en la Eucaristía.

La Santa Misa es, en efecto, «el centro y la raíz de toda la vida del presbítero» [1], como recor-

dó el Concilio Vaticano II, con palabras que habían sido ya muchas veces repetidas por Mons. Escrivá [2].

No cabe duda de que esta centralidad del Sacrificio Eucarístico es una realidad en la vida de todo cristiano, pero en el sacerdote este hecho adquiere matices especiales. Como afirma Juan Pablo II, «*mediante nuestra ordenación* –cuya celebración está vinculada a la Santa Misa desde el primer testimonio litúrgico– nosotros estamos unidos de manera singular y excepcional a la Eucaristía. Somos, en cierto modo, *por ella y para ella*» [3].

Necesito volver de nuevo a la eximia figura sacerdotal del Fundador de esta Universidad: para mí es algo inevitable y sé que, como para mí, es también para vosotros motivo de alegría. Durante cuarenta años, día tras día, he sido testigo de su empeño por transformar cada jornada en un holocausto, en una prolongación del Sacrificio del Altar. La Santa Misa era el centro de su heroica dedicación al trabajo y la raíz que vivificaba su lucha interior, su vida de oración y de penitencia. Gracias a esa unión con el Sacrificio de Cristo, su actividad pastoral adquirió un valor santificador impresionante: verdaderamente, en cada una de sus jornadas, todo era *operatio Dei, Opus Dei*, un auténtico camino de oración, de intimidad con Dios, de identificación con Cristo en su entrega total para la salvación del mundo.

Externamente nunca hubo nada extraordinario o singular en la Misa de Mons. Escrivá de Balaguer, aunque era imposible no apreciar su profunda devoción. Desde el principio de su ministerio sacerdotal, se esforzó por no dar cabida ni a la rutina ni a la precipitación al celebrar el Santo Sacrificio, a pesar de la habitual escasez de tiempo para realizar sus múltiples actividades pastorales. Al contrario, tendía espontáneamente a decir la Misa con mucho sosiego, penetrando en cada texto y en el senti-

do de cada gesto litúrgico hasta el punto que, por muchos años, tuvo que esforzarse positivamente –de acuerdo con cuanto le confirmaban en la dirección espiritual– por ir más deprisa, para no llamar la atención y por saberse al servicio de los fieles que contaban, para la Misa, con un tiempo mucho menor. En este contexto se entiende lo que escribió en 1932, como un suspiro que se escapó de su alma: «Al decir la Santa Misa, deberían pararse los relojes» [4].

La intensidad, con la que se unía personalmente al Sacrificio del Señor en la Eucaristía, culminó en algo que no dudo en considerar un peculiar don místico, y que el mismo Padre contó, con gran sencillez, el día 24 de octubre de 1966: «A mis sesenta y cinco años, he hecho un descubrimiento maravilloso. Me encanta celebrar la Santa Misa, pero ayer me costó un trabajo tremendo. ¡Qué esfuerzo! Vi que la Misa es verdaderamente *Opus Dei*, trabajo, como fue un trabajo para Jesucristo su primera Misa: la Cruz. Vi que el oficio del sacerdote, la celebración de la Santa Misa, es un trabajo para confeccionar la Eucaristía, que se experimenta dolor, y alegría, y cansancio. Sentí en mi carne el agotamiento de un trabajo divino». No dudo de que este descubrimiento respondía a un ruego que constantemente nos dirigía a quienes estábamos a su alrededor: «pedid al Señor que sepa ser más piadoso en la Santa Misa, que tenga cada día más hambre de renovar el Santo Sacrificio».

[1]. Conc. Vaticano II, *Decr. Presbyterorum Ordinis*, n. 14.

[2]. Cfr., por ej., Josemaría Escrivá, *Carta*, 2-2-1945, n. 11; *Es Cristo que pasa*, n. 87, Ediciones Rialp, Madrid; *Forja*, n. 69, Ediciones Rialp, Madrid.

[3]. Juan Pablo II, *Carta para el Jueves Santo*, 24-2-1980, n. 2.

[4]. Josemaría Escrivá, *Apuntes íntimos*, n. 728; cfr. *Forja*, n. 436, idem.



ORACIÓN

para la devoción privada

*Dios Padre misericordioso,
que concediste a tu siervo Álvaro, Obispo,
la gracia de ser Pastor ejemplar en el servicio
de la Iglesia y fidelísimo hijo y sucesor
de san Josemaría, Fundador del Opus Dei:
haz que yo sepa también responder
con fidelidad a las exigencias de la vocación cristiana,
convirtiendo todos los momentos y circunstancias
de mi vida en ocasión de amarte
y de servir al Reino de Jesucristo;
dignate glorificar a tu siervo Álvaro
y concédeme por su intercesión el favor que te pido: ...
(pídase). Así sea.*

Padre nuestro, Ave Maria, Gloria.

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

Este Boletín se distribuye gratuitamente.

Quien desee recibirlo puede pedirlo a:

Prelatura del Opus Dei, Oficina para las Causas de los Santos, calle Diego de León, 14, 28006. Madrid

Quienes deseen ayudar, con sus limosnas, a los gastos de edición de esta publicación, pueden mandar los donativos a:

Prelatura del Opus Dei, Oficina para las Causas de los Santos, por giro postal o por transferencia a la c/c. número 0182-4017- 57-0018820005, del BBVA, Agencia Urbana de la calle Diego de León, 16, 28006 Madrid

De conformidad con la legislación sobre protección de los datos personales, se garantiza la posibilidad de pedir la cancelación del propio nombre en la dirección del Boletín, enviando un e-mail a ocs@opusdei.es, o bien por correo a:

Prelatura del Opus Dei, Oficina para las Causas de los Santos, Diego de León, 14, 28006 Madrid

En caso de no encontrar al destinatario, devolver al remitente.

Director Responsable:
José Carlos Martín de la Hoz

Imprimatur:
+Mons. Javier Echevarría,
Prelado del Opus Dei.

Idea gráfica : MCM S.r.l. - Firenze
Dep. Leg.: B.6.592-1988

Imprenta: Litoplex Industria Gráfica sa